

*La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea*¹

Ignacio Peiró Martín

Universidad de Zaragoza

Resumen: El artículo pretende responder a alguno de los interrogantes abiertos en la historiografía internacional ante una actualidad saturada de memoria y las implicaciones político-sociales derivadas del «uso público de la historia». Desde esta perspectiva, se rastrean los conceptos utilizados para explicar el tratamiento propiamente histórico de los problemas, subrayar las polémicas esenciales y derivarlas hacia el espacio público en el que se celebran las ceremonias de la consagración memorial. El artículo continúa con una rápida visión panorámica del desarrollo de la historiografía contemporánea en las últimas décadas del siglo xx, distinguiendo tres grandes espacios/momentos de convergencia y enfrentamiento de la memoria con la práctica historiográfica. Y termina con una afirmación acerca de la posición del historiador, de su condición histórica y sus implicaciones con el mundo vertiginoso del presente donde la memoria y el olvido aparecen como dos puntos de referencia irrenunciables para el conocimiento de la historia contemporánea.

Palabras clave: historiografía, espacio público, uso público de la historia, memoria, políticas de la memoria, historia de la memoria.

Abstract: The article pretends to give an answer to some of the open questions in the international historiography: a present time overloaded with mem-

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación BHA2001-2497: «Los usos públicos de la historia en Aragón y en España durante el siglo XIX: historiografía, política y memoria colectiva», dirigido por Carlos Forcadell Álvarez y financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología. Sin las noticias y ayuda que me han proporcionado Miquel Marín Gelabert, Virginia Maza, José Luis Ledesma y María José Solanas me hubiera sido imposible escribirlo.

ory and the social and political implications derived from the «public use of history». The concepts used to explain the historic treatment proper are investigated from that perspective; the essential polemics are underlined and directed towards the public space in which the ceremonies of the memorial consecration are celebrated. The article continues with a fast panoramic vision of the development of contemporary historiography in the last decades of the XXth century following three important moments / spaces of confrontation of the memory with the historiographic practice. It ends dealing with the position of the historian, his historical condition and his implication in the rapid world of the present where memory and oblivion appear as two unrenounceable reference points for the knowledge of the contemporary history.

Key words: historiography, public sphere, public use of history, memory, memory policies, history of memory.

Durante dieciocho semanas los diarios de una mujer anónima han permanecido en la lista de libros más vendidos del semanario alemán *Spiegel*². Podríamos decir que se trata de uno más entre los numerosos *best-sellers* que periódicamente inundan el mercado, un éxito editorial muy bien puesto en la escena de los medios, si al afirmar esto no corriéramos el riesgo de diluir en lo genérico algo que nos es referido en términos precisos como un testimonio de los bombardeos y el hambre, las brutalidades y las violaciones a las que fueron sometidas las berlinesas por parte del Ejército Rojo. Presentada como una obra enigmática, una vivencia del pasado, revestida con el aura de lo auténtico y la verdad, no ha tardado mucho la crítica en utilizar las páginas de un periódico para hacer una exposición pública acerca de su nulo valor como documento histórico de la memoria e impugnar la experiencia moral implícita en la narración. Para emitir este juicio tan negativo el historiador ha sabido transformar el proceso sobre el pasado rememorado en un proceso de la historia del relato, situándolo en el abrumador contexto de la asimilación del pasado nazi por la conciencia pública alemana³.

² Anonyma: *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945*, Mit einem Nachwort von Kurt W. Marek, Francfort del Main, Eichborn Verlag, 2003.

³ Véase la reseña del historiador de la arquitectura BISKY, J.: «Wenn Jungen Weltgeschichte spielen, haben Mädchen stumme Rollen», *Süddeutsche Zeitung*, 220 (24 de septiembre de 2003), p. 16.

Desde luego, la reedición encaja perfectamente en el clima de opinión creado por algunos reconocidos intelectuales de izquierdas alemanes para quienes, una vez asumida la culpa, reivindican el derecho al luto por las víctimas y a la descripción de sus sufrimientos. Pero lo que quiero poner en primer plano con este ejemplo es el enorme interrogante abierto por la reutilización de una memoria desplazada de su pasado. Las cuestiones que surgen ante la sustitución del tiempo histórico y su asimilación por un presente contemporáneo, saturado de memoria⁴. Y las implicaciones político-sociales que se derivan del uso público de unos recuerdos que trascienden los límites de las identidades históricas nacionales, al igualar en su calidad de víctimas a todos los supervivientes surgidos de los vientos de destrucción del siglo xx⁵.

Mi artículo pretende responder a alguna de estas preguntas apelando a una abundante bibliografía como punto de partida y punto de apoyo. Y aunque resulta imposible conocer todo lo publicado sobre estos temas, me he servido de la erudición para tratar de reconstruir las posiciones tomadas por la historiografía internacional ante la invasión de la memoria y su desbordamiento de lo público a lo científico. Por eso he querido empezar rastreando los conceptos para explicar el tratamiento propiamente histórico de los problemas, subrayar las polémicas esenciales y derivarlas hacia el espacio público en el que se celebran las ceremonias de la consagración memorial. De igual modo, he intentado ordenar los grandes espacios/momentos creados por la práctica historiográfica de la memoria para concluir con un breve corolario donde afirmo mi posición como historiador. Y todo ello, no sólo desde el deseo de ofrecer una mirada panorámica a la historiografía surgida en la «era de los testimonios», sino también de presentar instrumentos para la reflexión y orientación respecto

⁴ Régine Robin plantea la cuestión de la actualidad de la memoria como producto de la saturación del pasado más cercano provocada, entre otras cosas, por la inversión de las relaciones entre lo real y lo imaginario, la igualación de los demonios contemporáneos (nazismo-comunismo) o la valoración igualitaria de los acontecimientos (Franco-republicanos) (ROBIN, R.: *La mémoire saturée*, París, Éditions Stock, 2003, pp. 19-20).

⁵ Tzvetan Todorov advirtió sobre las aspiraciones de los individuos y más aún de los distintos grupos que se consideran desfavorecidos por el pasado para alcanzar el «estatuto de víctima», lo cual les «abre en el presente una línea de crédito inagotable» (TODOROV, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 53-55). Una amplia reflexión sobre la «era del testimonio» en ROBIN R.: *op. cit.*, pp. 244-277.

a las abundantes, muchas veces confusas y casi siempre retóricas, informaciones que poseemos.

Ceremonias de la confusión: los historiadores ante la memoria y los usos públicos de la historia

En 1962 el filósofo social alemán Jürgen Habermas publicó un libro seminal destinado a servir de inspiración a la historiografía internacional⁶. El éxito de la obra, que había comenzado a circular en forma de versiones sucintas a mediados de los setenta y sólo en traducciones completas en la siguiente década, se debió en gran parte al concepto de «*Öffentlichkeit*» utilizado por los especialistas de la nueva historia social como «espacio público» o «esfera pública». Se trataba de una noción proteica admitida por proporcionar un valioso fundamento heurístico para los numerosos libros y ensayos que mezclaban la historia social, política y cultural, en sus análisis de los diversos aspectos del proceso de construcción de la cultura pública (desde los festivales a los movimientos de protesta, pasando por las disputas sobre el estilo arquitectónico de los edificios y el arte edílico)⁷.

En medio de esta apoteosis de la «*public sphere*», donde no faltaron las críticas escépticas y la puesta en cuestión de este modelo de discurso racional, el último gran representante de la Escuela de Fráncfort saltó a la palestra de la actualidad historiográfica al participar en la «querella de los historiadores» alemanes⁸. Y lo hizo desde

⁶ HABERMAS, J.: *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, Francfort del Main, Suhrkamp Verlag, 1962 (versión española: *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981).

⁷ Las vicisitudes del concepto en Estados Unidos y el mundo anglosajón en KAMMEN, M.: «Clio and Her Colleagues in the United States During the Twentieth Century. A Story of Serial Marriages, Divorces, and Dalliances among the Disciplines», ponencia leída en el marco del congreso internacional dedicado a *La historia y las ciencias humanas y sociales: estrategias interdisciplinarias en el siglo XX*, celebrado en la Universidad de Navarra los días 11, 12 y 13 de abril de 2002, pp. 16-18 (del original distribuido por el autor).

⁸ Véase VILANOVA, F.: «La larga sombra de la culpabilidad alemana: ecos y derivaciones de la *Historikerstreit*», *Ayer*, 40 (2000), pp. 137-167, y BERNECKER, W. L.: «El uso público de la historia en Alemania: los debates de fin del siglo XX», en CARRERAS, J. J., y FORCADELL, C. (eds.): *Usos públicos de la historia*, Ponencias del

la definición de «uso público de la historia» (en adelante, «uph»), es decir, desde la comprensión de ser más una toma de posición moral y un debate ético-político que una disputa científica sobre el pasado alemán desplegada en el ámbito estricto de la historiografía. Al distinguir claramente los dos planos del discurso (el político y el científico), Habermas argumentaba la oposición existente entre ambos y la desconfianza que debían generar a los especialistas la utilización instrumental y las manipulaciones derivadas del «uph»⁹. En su versión estricta de «*usages politiques du passé*», de suplantación de la crítica en los debates políticos abiertos a propósito de la historia más reciente, la cuestión de la opinión pública y los historiadores estaba servida¹⁰. Mucho más cuando la continuación de la disputa venía a coincidir con los acontecimientos de 1989, el colapso del comunismo y el final del sistema bipolar, el renacimiento de los fundamentalismos religiosos y nacionalistas, las guerras en los territorios de la ex Yugoslavia y la primera del Golfo. Un paisaje político que se vería completado en sus aspectos socioeconómicos, intelectuales e ideológicos con la representación del capitalismo como modo de producción «natural» de la sociedad contemporánea y el resurgir de la idea según la cual las estructuras del mercado y la democracia

VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002), Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 69-87.

⁹ Habermas respondió a Nolte y otros historiadores «neorrevisionistas» con su artículo «Eine Art Schadenabwicklung», publicado en *Die Zeit* el 11 de julio de 1986 (recogido en el libro que con el mismo título publicó la editorial Suhrkamp en 1987, pp. 115-158). Más adelante, ante la concesión del premio «Democracia» a Daniel Jonah Goldhagen y las reacciones críticas provocadas por su libro *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* (Madrid, Taurus, 1997; 1.ª ed. en inglés en 1996), volvería a insistir sobre el tema en su conferencia «Sobre el uso público de la historia» (*La constelación posnacional. Ensayos políticos*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 43-55). Los textos de esta polémica se pueden encontrar en *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1997, y ha sido analizada por MORENO LUZÓN, J.: «El debate Goldhagen: los historiadores, el holocausto y la identidad nacional alemana», *Historia y Política*, 1 (abril de 1999), pp. 135-159.

¹⁰ Véanse las colaboraciones del libro colectivo de HARTOG, F., y REVEL, J. (dirs.): *Les usages politiques du passé*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001; el estudio histórico de CARRERAS, J. J., y FORCADELL, C.: «Introducción. Historia y política: los usos», en *Usos públicos de la historia*, op. cit., pp. 11-45, y PASAMAR, G.: «Los historiadores y el “uso público de la historia”: viejo problema y desafío reciente», *Ayer*, 49 (2003), pp. 221-248.

estaban naturalmente unidas, olvidando que la democracia había sido una conquista histórica ¹¹.

De manera inmediata, todo ello resultó determinante para que la historiografía científica, inmersa desde principios de los ochenta en una especie de «patología sobre el sentido de la historia», se viera arrollada por impacientes reescrituras del pasado realizadas tanto a la luz de los conflictos políticos del presente como desde el supuesto «fin de las ideologías» que presumía la suspensión de la razón histórica ¹². No en vano, afirma Enzo Traverso, la decapitación del Jano, el monstruo totalitario (con una cara fascista y la otra comunista), y la instalación de Auschwitz en el corazón mismo de la memoria europea trajeron, por un lado, la tesis (con sus diferentes versiones, desde la más vulgar representada por Fukuyama a la más refinada y noble de Habermas con su defensa del «patriotismo constitucional») de que Occidente había dejado de ser el origen del totalitarismo para transformarse en su víctima y el liberalismo en su redentor ¹³, y, por otro, la inquietante y peligrosa represión (en el sentido psicoanalítico) de las raíces occidentales del nacionalsocialismo, desarrolladas a partir de las interpretaciones historiográficas (Nolte, Furet o Goldhagen) que «comparten precisamente la tendencia a expulsar los crímenes hitlerianos de la trayectoria del mundo occidental» ¹⁴.

¹¹ ROBIN, R.: *op. cit.*, p. 46.

¹² La afirmación de que «*la prétendue fin des idéologies n'est rien d'autre qu'une suspension de la raison historique, qui ouvre la voie à l'irrationalisme, au néo-libéralisme, au nationalisme, au fondamentalisme religieux*» la realiza LEVI, G.: «Le passé lointain. Sur l'usage politique de l'histoire», en HARTOG, F., y REVEL, J. (dirs.): *op. cit.*, p. 37.

¹³ TRAVERSO, E.: «La memoria de Auschwitz y del comunismo. El "uso público" de la historia», *Memoria. Revista mensual de política y cultura*, 166 (diciembre de 2002), p. 1, en web:www.memoria.com.mx/166/traverso.htm). Este artículo resume las ideas expuestas en *La Historia desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001; *El totalitarismo: historia d'un debat*, Valencia, Universitat de Valencia, 2002, y en la introducción a *La violencia nazi. Una genealogía europea*, México, FCE, 2002, pp. 15-24. Para la consideración de Auschwitz como una de las «invenciones del recuerdo» utilizada por diferentes grupos en la elaboración de su propia memoria colectiva, véase REICHEL, P.: «Auschwitz», en FRANÇOIS, E., y SCHULZE, H. (eds.): *Deutsche Erinnerungsorte*, Múnich, Verlag C. H. Beck, 2003 (1.ª ed., 2001), I, pp. 600-621.

¹⁴ TRAVERSO, E.: «La memoria de Auschwitz y del comunismo...», *op. cit.*; *La violencia nazi*, *op. cit.*, pp. 15 y 20-24, y «De l'anticommunisme, l'histoire du XX^e siècle relue par Nolte, Furet et Courtois», en *L'Homme et la Société. Revue internationale de recherches et de synthèses en sciences sociales*, 140-141 (abril-septiembre de 2001), pp. 169-194. Una semblanza historiográfica de François Furet, que liga

Pero ni las ideologías estaban muertas, ni los discursos históricos agotados.

Precisamente en este marco de confrontación de las «memorias nacionales» e intensificación de los interrogantes generados por el «uph», las llamadas a la responsabilidad y la función social del historiador¹⁵ favorecieron que un grupo de profesionales abriera nuevos campos de investigación y recuperara temáticas anteriormente descuidadas, muchos de cuyos contenidos habían sido anticipados por la «querella de los historiadores» alemanes, desarrollados a raíz del asunto Goldhagen y ampliados en las constantes recidivas de la misma¹⁶. En tiempos de mundialización cultural y «occidentalización» de la historiografía¹⁷, si la controversia sobre el lugar del nacional-socialismo y el holocausto en la memoria histórica alemana había tenido una amplia repercusión en Israel, Estados Unidos y Europa, las argumentaciones de Habermas comenzaron a servir de base para fundamentar y conceptualizar estudios sobre el «uph» en países como Francia o Italia¹⁸.

la obra del historiador a los grandes debates contemporáneos, la realiza OZOUF, M.: *Les historiens*, en SALES, V. (coord.), París, Armand Colin, 2003, pp. 284-300. La discusión metodológica de la comparación histórica y los diferentes registros del debate en la década de los noventa los apunta ROUSSO, H.: «La légitimité d'une comparaison empirique», en ROUSSO, H. (ed.): *Stalinisme et Nazisme. Histoire et mémoire comparées*, Bruselas, Complexe-IHTP, 1999, pp. 11-36, y LEVY, D.: «Memoria storica e identità collettiva in Israele e nella Repubblica federale tedesca», *Passato e presente*, XVII, 47 (1999), pp. 31-42, especialmente pp. 32-34.

¹⁵ Olivier Dumoulin reflexiona sobre la naturaleza de la tarea de los historiadores y el papel social que la sociedad contemporánea atribuye a su actividad en *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, París, Albin Michel, 2003.

¹⁶ Como una recidiva escandalosa de la *Historikerstreit*, su trivialización posterior y una manifestación de la «demagógica política de la historia» tendente a «renacionalizar» Alemania, recordaremos la concesión el 4 de junio de 2000 del Premio «Konrad Adenauer» de la *Deutschlandstiftung* a Ernst Nolte. De esta manera, el ala derecha del CDU que controlaba dicha fundación, con el apoyo del director del Institut für Zeitgeschichte de Múnich, no dudaba en premiar al historiador berlinés, considerado el perdedor de la disputa y cada vez más encerrado en su nacionalismo radical y su antiliberalismo [véase WEHLER, H.-U.: *Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts* (1945-2000), Göttingen, Wallstein Verlag, 2001, p. 83].

¹⁷ Una visión panorámica sobre la «occidentalización» de la historiografía mundial puede verse en los diferentes artículos del libro de RÜSSEN, J. (ed.): *Western Historical Thinking. An Intercultural Debate*, Nueva York, Berghahn Books, 2001.

¹⁸ Además de lo señalado por F. Vilanova (*op. cit.*, pp. 150-151), la recepción italiana del debate puede verse en RICUPERATI, G.: «Universalismo e uso pubblico

En este sentido, no parece extraño que fuera el malogrado Nicola Gallerano, uno de los directores de la revista *Passato e Presente*, quien con más ahínco se interesara por desarrollar la definición del filósofo alemán¹⁹. El profesor de la Universidad de Siena no se conformó sólo con aplicar el concepto, sino que, desde el reconocimiento de su utilidad como noción central para la historiografía y los valores éticos de Habermas al introducirlo en la discusión con Nolte, lo pasó por el tamiz de la crítica²⁰. Después de examinarlo con atención, estableció un conjunto de preguntas que le llevaron a señalar el excesivo peso de la especificidad alemana en la argumentación, a cuestionar los criterios ofrecidos para individualizar la relación que enlaza los dos planos del discurso y considerar como demasiado reduccionista la identificación exclusiva del «uph» con el «uso político del pasado». En el cuerpo de su trabajo propuso una definición más abierta y compleja de un concepto problemático y contradictorio. Rechazando, de entrada, la simple demonización de su práctica, sugirió las enormes posibilidades de un término en cuya explicación, además de los dominios de la cultura política y los medios de comunicación, incluía las artes y la literatura, la enseñanza, los museos históricos, los espacios urbanos y, por supuesto, la historiografía.

De una u otra manera, al descubrir distintos ámbitos de contaminación y conflicto sobre el pasado en el siglo xx y escribir que *«e ci sono infine usi del passato che coinvolgono direttamente memoria, identità individuali e collective e hanno a mio giudizio tutt'altro significato*

della storia», *Rivista Storica Italiana*, CXI, III (1999), pp. 680-705, y el impulso que ha significado en la historiografía francesa en DELACROIX, Ch.; DOSSE, F., y GARCIA, P.: *Les courants historiques en France, 19^e-20^e siècles*, París, Armand Colin, 2002, pp. 270-271.

¹⁹ Nicola Gallerano (1940-1996), que fue presidente del *Istituto romano per la storia d'Italia dal fascismo alla Resistenza*, miembro directivo del *Istituto nazionale per la storia del movimento di liberazione* y del comité de dirección de las revistas *Movimento operaio e socialista*, *Passato e presente* y *Il viaggi di Erodoto*, se alineó junto a otros historiadores antifascistas como TRANSFAGLIA, N.: *Un passato scomodo. Fascismo e postfascismo*, Turín, Einaudi, 1995.

²⁰ Después del avance presentado en «Histoire et usage public de l'histoire», *Diogenes*, 168 (1994), pp. 87-106, su reflexión sobre la aplicación del concepto habermasiano a la historiografía la expuso en la «Introduzione» y el capítulo «Storia e uso pubblico della storia», del libro colectivo editado por él mismo: *L'uso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli, 1995, pp. 7-32. Trabajos que serían recogidos en su libro póstumo: *La verità della storia. Scritti sull'uso pubblico del passato*, Roma, Edizioni Manifestolibri, 1999.

e potenzialità liberatorie»²¹, sentaba las bases para concluir con una llamada a los historiadores acerca de la urgente necesidad de utilizar el «uph» para que, de manera crítica, fueran capaces de poner en cuestión la opacidad y la eternidad del pasado para rescatarlo de la tiranía del presente. Primero porque, desde Tucídides hasta el historicismo decimonónico, la escritura de la historia había asumido como patrimonio propio la idea del tiempo lineal y el desarrollo continuo característico, por lo demás, del pensamiento judeo-cristiano. Al no significar otra cosa que es el pasado quien nos ha hecho como somos (el *nosotros* del aquí y ahora), continuidad y desarrollo se encontraban en la raíz de la importancia asignada por el poder político a la gestión de la memoria histórica como instrumento privilegiado para el control del presente²². Y en segundo lugar porque, frente a la función política del historiador y su participación en el proceso de deformación del pasado, Gallerano trataba fundamentalmente de recordar que las pretensiones de científicidad de la historia (la reivindicación de la libertad y la independencia crítica en la investigación) eran perfectamente rastreables en las páginas de las grandes obras de la historiografía.

Más allá de las brechas epistemológicas abiertas en las murallas del conocimiento histórico, Habermas y Gallerano se incorporaron a la larga lista de filósofos, científicos sociales e historiadores empeñados en recordarnos que en la historia de la historia no hay un desarrollo evolutivo de las argumentaciones, sino que es más bien

²¹ GALLERANO, N.: «Storia e uso...», *op. cit.*, p. 19.

²² *Ibid.*, p. 22. Resulta inevitable recordar las críticas al tiempo lineal, la causalidad histórica y la idea de progreso planteadas por el filósofo de la «rememoración», BENJAMIN, W.: *Tesis sobre la filosofía de la historia (discursos interrumpidos)*, I, Madrid, Taurus, 1973, pp. 177-191. Una descripción de las mismas en MOSÈS, S.: *El Ángel de la Historia. Rosenzweig, Benjamin, Scholem*, Valencia, Frónesis-Cátedra-Universitat de València, 1997, pp. 135-147; un intento de comprender la coherencia y trascendencia de uno de los textos más significativos del pensamiento crítico marxista en LOWY, M.: *Walter Benjamin: Avertissement d'incendie. Une lecture des thèses «Sur le concept d'histoire»*, París, PUF, 2001, y un lectura introductoria a su filosofía de la historia en MATE, R.: «Walter Benjamin, un pensador político», en *Por los campos de exterminio*, Barcelona, Anthropos, 2003, pp. 123-160. Desde otra perspectiva, la idea de que «progreso e historismo, aparentemente contradictorios, nos ofrecen un rostro de Jano, el rostro del siglo XIX», en KOSELLECK, R.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 89, y «Continuidad y cambio en toda la historia del tiempo presente. Observaciones histórico-conceptuales», en *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 115-133.

el fruto de una tensión continua, de una sucesión de debates acerca de problemas recurrentes, acerca de conceptos esencialmente en conflicto. De hecho, cuando los dos autores publicaron sus trabajos el interés por la «memoria», especialmente por las experiencias traumáticas producidas por las guerras, se había infiltrado en el pensamiento histórico contemporáneo.

Para entonces, mientras la noción de «*devoir de mémoire*» se incorporaba con fuerza al discurso intelectual, político y de los medios de comunicación²³, en el campo de la historiografía se estaba creando un amplio frente de batalla en el que se dirimía la sustitución de la propia historia²⁴. Y es que, escribía el filósofo Paul Ricœur: «En determinadas circunstancias, en particular cuando el historiador es confrontado con lo horrible, figura límite de la historia de las víctimas, la relación de deuda se transforma en deber de no olvidar»²⁵. Cita que, dejando de lado sus irreprochables valores de ética social, nos traslada al corazón del discurso memorial, pues, ya lo había dicho Halbwachs, «*sauver de l'oubli*» y reconstruir «*les souvenirs des événements et des expériences*» comunes, concretas y perennes de los grupos, se situaban en el primer plano de los intereses de la «memoria colectiva»²⁶. De ahí a transformar la tarea del historiador en la de

²³ La explicación de las expresiones «deber de memoria» y «trabajo de memoria» en la obra de RICŒUR, P.: *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 118-124, y en su contestación incluida en el «Debate» del libro de BARRET-DUCROQ, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro internacional Memoria e Historia (Unesco, 25 de marzo de 1998-La Sorbonne, 26 de marzo de 1998)*, Barcelona, Granica, 2002, pp. 64-65. Un estudio crítico sobre el concepto y su posible utilidad en el trabajo histórico en KATTAN, E.: *Penser le devoir de mémoire*, París, PUF, 2002.

²⁴ Así plantea el problema SPIEGEL, G. M.: «Memoria e historia: tiempo litúrgico y tiempo histórico», en CABRERA, M. Á., y MACMAHON, M.: *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía*, La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2002, pp. 55-69. Resulta muy esclarecedor el artículo de KOSELLECK, R.: «Las esclusas del recuerdo y los estratos de la experiencia. El influjo de las dos guerras mundiales sobre la conciencia social», en *Los estratos del tiempo...*, op. cit., pp. 135-154.

²⁵ RICŒUR, P.: *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 167. Su preocupación por «*une politique de la juste mémoire*» en *La historia, la memoria...*, op. cit., p. 23. R. Robin niega la posibilidad de la «justa memoria» para considerar, al margen de las «categorías patológicas» de «*devoir de mémoire*» y «*travail de mémoire*», los otros caminos que debe seguir el historiador para rastrear los trayectos, transformaciones y deformaciones de la memoria (ROBIN, R.: op. cit., pp. 34-37).

²⁶ En la medida en que para Maurice Halbwachs la sociología de la memoria fue también una batalla científica al mismo tiempo que política, véase el «Postface»

un nostálgico «desenterrador de muertos», un minucioso «elaborador de inventarios de testigos» o un exhaustivo «rescatador de recuerdos» al servicio de las modas dominantes en el seno de la opinión pública, sólo hay un paso²⁷. Y precisamente porque sólo hay medio paso, para que las nociones de olvido y recuerdo (con su cortejo de asociados como pueden ser la negación, la nostalgia, la melancolía o el duelo), que, por sí mismas, pertenecen al campo de las emociones y los sentimientos y alcanzan su pleno desarrollo social en el espacio moral y cívico, penetren por ósmosis la fina membrana del conocimiento histórico, confundiéndose con las verdaderas categorías historiográficas y confundiendo a los historiadores que las utilizan²⁸. Quedan relegados, pues, a los cajones más ocultos de la erudición el modelo de la historia *magistra vitae*, las remotas desconfianzas de los historiadores ante la memoria (desde el propio Tucídides) y los preceptos de aquellos autores que, como Fustel de Coulanges, recomendaban olvidarse de la historia celebrada y transmitida; los nuevos tiempos habían instalado la «memoria» en el mismo corazón de la historia como una «categoría metahistórica, teológica perfecta», un sistema de convenciones que permite reivindicar la centralidad del presente en las reconstrucciones del pasado²⁹.

escrito por NAMER, G.: *La mémoire collective*, París, Albin Michel, 1997 (1.^a ed. en 1950), pp. 237-295, en el que hace referencia al debate sostenido, en 1925, por el sociólogo con Marc Bloch, para quien las ideas del primero suponían una condena de la historia en nombre de la sociología (pp. 282-287).

²⁷ En su pionera investigación sobre el pensamiento histórico judío, que serviría de obertura a los debates sobre la historia y la memoria, Yosef Hayim Yerushalmi denunció cómo el delirio de exhaustividad de la memoria se revela contraria al mismo proyecto de hacer historia [YERUSHALMI, Y. H.: *Zakhor. Histoire juive et mémoire juive*, París, La Découverte, 1984, pp. 118-119 (1.^a ed. en inglés en 1982); cit. por RICŒUR, P.: *La memoria...*, op. cit., p. 524; analiza la obra en pp. 520-525].

²⁸ La idea de la confusión conceptual la lanzó CARRERAS, J. J.: «¿Por qué decimos memoria cuando queremos decir historia?», Conferencia de clausura del IV Congreso de Historia Local de Aragón (celebrado en Barbastro, 3-5 de julio de 2003). Una idea que, por lo demás, planea en los debates internacionales y sirve como hipótesis de partida a muchos trabajos. Baste, como ejemplo, el capítulo de ROUSSO, H.: «Mémoire et histoire: la confusion», en *La Hantise du passé*, París, Textuel, 1998, pp. 11-47, y ROSSI-DORIA, A.: «Una storia di memorie divise e di impossibili lutti», *Passato e presente*, XVIII, 49 (2000), pp. 133-140, donde señala que: «*Il recente dibattito italiano su identità nazionale e memoria appare denso di confusioni*» (p. 133).

²⁹ HARTOG, F.: *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003, p. 17 (la referencia a Tucídides y Fustel de Coulanges en pp. 134 y 148, respectivamente). Como recuerda R. Mate, la recomendación de Fustel sería

Sea como fuere, lo cierto es que a nadie pueden sorprender las profesiones de fe científicas y las públicas devociones que suscitó (suscita) la «memoria», un término cuya pérdida de significado preciso se encontraba «en proporción directa al aumento creciente de su poder retórico»³⁰. Tampoco resulta sorprendente el que, una vez destapada la caja de los recuerdos, las «guerras de la memoria» (con sus silencios, olvidos y secretos, pero también con la visibilidad y la aceptación en el espacio público de los testimonios de las víctimas portadoras de «verdad»)³¹ marcaran el desarrollo de una historiografía cuya función parecía estar abocada, más que nunca, a practicar una «*lecture judiciaire de l'histoire*» que obligaba a los historiadores a abandonar su puesto de observadores del pasado para convertirse en uno de los actores principales del debate público³². Sobre todo, cuando se escribía que los «recientes procesos por crímenes contra la humanidad, así como las revelaciones sobre el pasado de algunos hombres de Estado, incitan a pronunciar cada vez más llamamientos

recogida por W. Benjamin, quien en su tesis VIII, a propósito del materialismo histórico, consideraba «cometido suyo pasarle a la historia el cepillo a contrapelo», es decir, evitar la frustración de una historia transmitida por las tradiciones y la cultura de los vencedores de ayer, pulida por la curiosidad presente por el pasado de los triunfadores (MATE, R.: *Por los campos...*, *op. cit.*, pp. 133-134). Otras cuestiones suscita la célebre frase de Nietzsche recogida en sus *Consideraciones intempestivas*: «Es posible vivir casi sin recuerdos y vivir feliz, como demuestra el animal. Pero es imposible vivir sin olvidar». Para ciertos autores la cita aconseja el olvido para desprenderse de lo ilusorio y de la mistificación, mientras que para otros (historiadores conservadores) supone el olvidar paneles enteros de un pasado incómodo para el presente y acabar con el sentido de la responsabilidad histórica.

³⁰ Así se expresaba John R. Gillis, oponiendo esta pérdida a la innumerable variedad de significados que estaba adquiriendo el término nuevo de «identidad» [GILLIS J. R.: «Memory and Identity: The History of a Relationship», introducción al libro colectivo coordinado por él mismo: *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 1994, p. 3].

³¹ Junto a lo señalado en la nota 5, el «deber de testimoniar» de los supervivientes, así como el reconocimiento de los límites de la representación de su memoria, en TRAVERSO, E.: *La Historia desgarrada...*, *op. cit.*, pp. 188 y 192, y MATE, R.: *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 167-240. Sobre el silencio y la imposibilidad de comunicar, POLLAK, M.: *L'Expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*, París, Métailié, 1990.

³² El término y las ideas sobre la ética del historiador las desarrolla, en su conversación con Philippe Petit, ROUSSO, H.: *La Hantise...*, *op. cit.*, pp. 86-93, y en «¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia», *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 11 (primavera de 2003), pp. 77-91. La imbricación de la justicia y las actuaciones de los historiadores en DUMOULIN, O.: *op. cit.*, pp. 27-146.

a la “vigilancia” y al “deber de guardar memoria”; se nos dice que ésta “tiene derechos imprescriptibles” y que debemos constituirnos en “militantes de la memoria”³³. También, cuando debían enfrentarse a ciertos usos y prácticas de la memoria marcadamente politizados, derivados de los recuerdos críticos de la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría³⁴ o de los procesos de transición democrática que han tenido lugar en la historia del mundo actual³⁵. Y, en última instancia, ante la reaparición del presente perpetuo en el que «el pasado parece estar reemplazando al futuro como lugar privilegiado de referencia en el debate político»³⁶.

Sobre este punto, quizás sea interesante recordar las palabras del filósofo Manuel Cruz acerca de que «constituye un grueso error, tanto teórico como práctico, manejar una imagen rígida del pasado, como si fuera un territorio por descubrir (o una propiedad por guardar). Cuando en realidad se ha convertido en el escenario en el que ha empezado a librarse una nueva batalla»: la batalla por la política como tal y lo político como espacio de conflicto y pluralismo³⁷. Traducida a claves historiográficas, podemos presumir que de ningún modo se trata de un combate en el que se dirime la primacía conceptual o metodológica entre la memoria y la historia. Antes bien, dentro de la complejidad que conlleva la explicación del lugar central alcanzado por la memoria en el espacio público contemporáneo, se

³³ TODOROV, T.: *op. cit.*, p. 50.

³⁴ Las conexiones directas entre la memoria de la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría y su utilización en las políticas policiales y domésticas de los gobiernos europeos, en MÜLLER, J.-W. (ed.): *Memory and Power in Post-War Europe: Studies in the Presence of the Past*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002.

³⁵ Véase BARAHONA DE BRITO, A.; AGUILAR FERNÁNDEZ, P., y GONZÁLEZ ENRIQUEZ, C. (eds.): *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Madrid, Istmo, 2002.

³⁶ BIRULÉS, F.: «La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido», en CRUZ, M. (comp.): *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 141 y 148. Andreas Huyssen escribe que: «da la sensación de que en la actualidad el pasado es evocado para proveer aquello que no logró brindar el futuro en los imaginarios previos del siglo XX» (HUYSEN, A.: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE, 2002, p. 7). La instrumentalización de la nostalgia del pasado en ROBIN, R.: *op. cit.*, pp. 48-51 y 415-420; BASCHET, J.: «L'histoire face au présent perpétuel. Quelques remarques sur la relation passé/futur», en HARTOG, F., y REVEL, J. (dirs.): *op. cit.*, pp. 55-74 (la noción de presente perpetuo en p. 65), y HARTOG, F.: *op. cit.*, p. 18.

³⁷ CRUZ, M.: «El pasado en la época de su reproductibilidad técnica», en CRUZ, M. (comp.): *Hacia dónde va el pasado...*, *op. cit.*, pp. 17-19 y 29.

puede apuntar con François Hartog que, como resultado de la crisis del «régimen de historicidad» del siglo xx, la memoria ha superado a la historia por sublimación al convertirse en un instrumento privilegiado para la interrogación permanente y unívoca del presente³⁸. Y debemos sospechar, desde luego, que lo que está en juego es la posibilidad de una historia abierta a la multiplicidad de los futuros posibles y la imprevisibilidad del presente³⁹. Una historia sin renuncias, dirigida a suscitar la atención de la opinión pública y rescatar de la tutela de la clase política tanto las «representaciones» selectivas de la memoria del liberalismo, como los proyectos más conservadores de las democracias amnésicas, «no antifascistas»⁴⁰.

La consagración pública de la memoria: políticas del recuerdo y representaciones del pasado

Desde la esfera ética de la profesión, la cuestión de la opinión pública y los historiadores se ponía de nuevo sobre el tapete de la actualidad de una historiografía que, difícilmente, podía considerarse a sí misma como inocente. Menos aún cuando el sueño de la objetividad imaginado por los maestros de la profesionalización se desvanecía bajo el peso de las incertidumbres que rasgaban los velos de la comunidad científica y, en mayor medida, por los desequilibrios crecientes establecidos entre la búsqueda de la verdad histórica y la conversión del pasado en un problema político de primer orden. Esto se debía no tanto a las burdas manipulaciones de la

³⁸ F. Hartog escribe que «un régime d'historicité n'a d'ailleurs jamais été une entité métaphysique, descendue du ciel et de portée universelle. Il n'est que l'expression d'un ordre dominant du temps (...), la modalité de conscience de soi d'une communauté humaine» (HARTOG, F.: *op. cit.*, p. 118).

³⁹ Véase LÖWY, M.: *op. cit.*, pp. 125-137, y el capítulo que dedica a la crisis del futuro POMIAN, K.: *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999, pp. 233-262. Pedro Ruiz Torres ha dedicado a este autor y su obra un importante comentario en «Imaginación, memoria e historia», *Pasajes. Revista de pensamiento*, 12 (otoño de 2003), pp. 109-116.

⁴⁰ Como recuerda E. Traverso, «una democracia “no antifascista” —como la defendida por François Furet en *Le passé d'une illusion* y los historiadores conservadores de Italia y Alemania— sería una democracia amnésica, frágil, un lujo que no pueden permitirse Europa, que conoció a Hitler, Mussolini y Franco, y América Latina, que conoció a Pinochet y Videla» (TRAVERSO, E.: «La memoria de Auschwitz y del comunismo...», *op. cit.*, p. 3).

historia como instrumento de la batalla política diaria, ni tampoco a la polarización y fragmentación ideológica de la República de las Letras históricas, como al hecho de que, desde el espacio político, la «demanda social» de la «*expertise sur le passé*» estaba alcanzando proporciones desconocidas hasta entonces⁴¹.

En efecto, la creación de un mercado oficioso de la historia paralelo al mercado universitario⁴² ha establecido una zona fronteriza caracterizada, de una parte, por la explosión sin precedentes de la denominada «invención del historiador experto» y la autocomplaciente promoción pública de los «historiadores cortesanos» de todo tipo que aceptan la gestión de las distintas políticas de la memoria en calidad de especialistas del pasado⁴³. Y de otra, por el enfrentamiento, muchas veces ideológico, con los historiadores profesionales que en nombre de la «ciencia» y la «objetividad», denuncian este «uph», rechazando los objetivos políticos perseguidos para imponer una determinada «cultura del recuerdo»⁴⁴. Desde luego, la proliferación de peritos memorialistas ha impulsado el desarrollo de ciertos aspectos del oficio, inseparables de la denominada «estética de la distracción», como pueden ser la creación de espacios culturales y el mostrar versiones de la historia destinadas al puro entretenimiento. Pero, sobre todo, ha servido para convertir la noción de «patrimonio» en la clave que sustenta el escenario sobre el que se despliega el

⁴¹ Véanse NOIRIEL, G.: *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, París, Hachette, 1998, pp. 183 y 206-210, y O. DUMOULIN: *op. cit.*, pp. 27-146.

⁴² Una descripción de este nuevo mercado en Francia y sus lazos con instituciones oficiales como el Institut d'Histoire du Temps Présent (IHTP), en NOIRIEL, G.: *Qu'est-ce que l'histoire...*, *op. cit.*, pp. 207-208. P. Novick señala que «mucho de lo que entraba en la denominación de "historia oficial" era de hecho "historia privada", trabajo histórico al servicio de dependencias gubernamentales, empresas u otras organizaciones con idearios muy particularistas, incompatibles con los principios universalistas de la objetividad desinteresada» [NOVICK, P.: *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997 (1.^a ed. en inglés en 1988), pp. 612-613; en general, a la historia no académica estadounidense dedica las pp. 611-622].

⁴³ O. DUMOULIN titula «Invention de l'historien expert» el primer el capítulo de su libro (*op. cit.*, pp. 27-62), donde indica los desplazamientos y las confusiones que se producen con los auténticos «especialistas» (pp. 33 y ss).

⁴⁴ El concepto ha sido definido por ASSMANN, J.: *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*, München, Verlag C. H. Beck, 1997 (1.^a ed., 1992), pp. 16-29, y *Religion und kulturelles Gedächtnis. Zehn Studien*, München, Verlag C. H. Beck, 2000, pp. 38-43.

espectáculo de la «memoria» y la «conmemoración»⁴⁵. Una representación que, impulsada por las efusiones conservadoras y restauracionistas de las políticas urbanas, el auge renovado por los «*lieux de mémoire*» o la musealización del pasado, encuentra en el turismo un potente instrumento para el dominio del presente y transforma al turista, ese viajero consumidor de «pasados extraños», en su público estelar⁴⁶.

Sin embargo, no todo es tan ingenuo como aparenta. En unos momentos de regresión ideológica y amordazamiento del pensamiento crítico, resulta innegable que las mejores representaciones de esta realidad se encuentran en el fortalecimiento de la «identidad», un término relativamente nuevo convertido en un concepto «cross-cultural»⁴⁷, cuyas conexiones le han llevado a ocupar un espacio dominante tanto en los discursos de la «memoria oficial» como en los modernos procesos de sacralización de ciertas memorias convertidas en fetiches y auténticas religiones civiles⁴⁸. Un verdadero paradigma que se adapta igualmente a la historia y la memoria: de ahí la enorme utilidad que demuestra en el terreno del control de las políticas del recuerdo, de la continuidad de los símbolos y la gestión de los repertorios

⁴⁵ Véase HARTOG, F.: *op. cit.*, p. 132. En páginas posteriores, además de rastrear la historia de la noción de patrimonio, entiende su florecimiento como «*une manière de vivre les césures, de les reconnaître et de les réduire*» (p. 205).

⁴⁶ Según la conocida expresión de LOWENTHAL, D.: *El pasado es un país extraño* Madrid, Akal, 1998 (1.ª ed. en inglés en 1985). Las ideas de este autor sirven a Antonio Gómez Ramos para reflexionar sobre dos tipos de consumidores de pasado actuales: el turista y el nacionalista (GÓMEZ RAMOS, A.: «¿Por qué importó el pasado? (el espejo deformante de nuestros iguales)», en CRUZ, M. (coord.): *op. cit.*, pp. 77-79). Diferentes casos del «*tourisme de la mémoire*» en ROBIN, R.: *op. cit.*, pp. 342-344.

⁴⁷ Así lo define HANDLER, R.: «Is "Identity" a Useful Cross-Cultural Concept?», en GILLIS, J. R. (ed.): *Commemorations...*, *op. cit.*, pp. 27-40. J. R. Gillis señalaba la novedad del término al estudiar el desarrollo de la «memoria pública» en relación con la historia de la nación-Estado (GILLIS, J. R.: *op. cit.*, pp. 3-26), y F. Hartog ha subrayado cómo memoria, patrimonio y conmemoración confluyen en el concepto de identidad (HARTOG, F.: *op. cit.*, p. 132).

⁴⁸ Después del libro de ROUSSO, H.: *Vichy, un passé qui ne passe pas* (París, Gallimard, 1996) (en colaboración con el periodista Éric Conan), en que tomaba distancias contra el «memorialismo» de una parte de la historiografía francesa y criticaba la sacralización de la memoria de Vichy, el norteamericano P. Novick denunció en su polémico *L'Holocauste dans la vie américaine* (París, Gallimard, 2001; 1.ª ed. en inglés en 1999) la sacralización del holocausto en Estados Unidos, que se ha convertido en una religión civil cuyo profeta incontestable es Elie Wiesel, una memoria fetichizada que tiende a despojar progresivamente al judeocidio de su carácter histórico para conferirle una dimensión mítica.

de imágenes estereotipadas sobre los que se fabrica el concepto de tradición y la memoria cultural de las sociedades⁴⁹. Sin olvidar, por supuesto, su importancia en la elaboración de ese «espejo de alteridad» que son los «otros», incluidas las construcciones más simplistas y depravadas acerca de los «enemigos tradicionales»⁵⁰. Distintas manifestaciones de un mismo fenómeno en el que el funcionamiento de la historia-memoria confluye con la identidad política a la que sirve.

Por otro lado, tampoco puede negarse que la dificultad para establecer criterios historiográficos fiables, justificados por la misión pedagógica encomendada a los expertos y los valores de la divulgación (entiéndase vulgarización) alegados por los aficionados en general⁵¹, ha generado un contexto favorable para la cómoda instalación de un «relativismo que convalida cualquier relato como relato posible»⁵². Con una fortuna editorial que casi nunca suele ir acompañada de la fortuna historiográfica, el fenómeno se prolonga al otorgar carta blanca a todo tipo de revisionismos que, empeñados en trivializar cuando no en negar la realidad del pasado, ven saludados sus «descubrimientos» por los medios de comunicación con cortesía, como

⁴⁹ Sobre el control consciente del concepto de tradición y algunas polémicas generadas sobre el mismo (desde Freud a Derrida, Yerushalmi, Richard J. Berstein o Gadamer), véanse ASSMANN, J.: *Religion und kulturelles Gedächtnis*, op. cit., pp. 39-41, y J. J. CARRERAS en su crítica al concepto de Gadamer (*vid. infra*, nota 73). Por su parte, mientras D. Lowenthal rastrea las conexiones de la identidad con la tradición y la historia [LOWENTHAL, D.: «Identity, Heritage, and History», en GILLIS, J. R. (ed.): op. cit., pp. 41-60], D. Levy señala el particular interés, desde el punto de vista conceptual, del tema de la continuidad y la discontinuidad, en tanto en cuanto la memoria se convierte en un requisito de la identidad (LEVY, D.: op. cit., p. 32).

⁵⁰ Cinco ensayos acerca de este tipo de construcciones en el capítulo «Erbfeind», en FRANÇOIS, E., y SCHULZE, H. (eds.): op. cit., pp. 391-468. De cualquier modo, un apunte acerca de que «las culturas no sólo generan alteridad al construir una identidad, sino que también producen técnicas de traducción», en ASSMANN, J.: *Moisés el Egipcio*, Madrid, Oberon, 2003, pp. 14-15.

⁵¹ Los peligros del «*pédagogisme*» los señalan ROBIN, R.: op. cit., pp. 337-341; DELACROIX, Ch., en su colaboración con DOSSE, F., y GARCIA, P.: op. cit., pp. 267-262, y, tomando como punto central el genocidio judío, KATTAN, E.: op. cit., pp. 67-88.

⁵² Aunque extraída de su contexto, valga la cita de J. J. Carreras y su continuación cuando escribe: «confundiendo, como dijo en cierta ocasión el sociólogo francés Pierre Bourdieu, la realidad de la representación con la representación de la realidad» (CARRERAS, J. J.: «Certidumbre y certidumbres. Un siglo de historia», en CRUZ ROMEO, M., y SAZ, I. (eds.): *El siglo XX. Historiografía e historia*, València, Universitat de València, 2002, p. 81).

adquisición de una verdad contrapuesta a los «engaños habituales» de los otros historiadores⁵³.

Enmarcado en el proceso de «reconfiguración de las relaciones entre la memoria colectiva y la identidad nacional», la principal característica que distingue al revisionismo histórico, aparte de su capacidad para reinterpretar nuevas o viejas temáticas, es su habilidad para formular cuestiones metodológicas y presentarlas bajo la forma de problemas de interés público⁵⁴. Desde el campo privilegiado del presente, el revisionismo se sirve de los resquicios de la «memoria colectiva» (la «memoria viviente de lo vivido, como decía Halbwachs», que «no es ni cronológica ni distante» y «yuxtapone la agudeza del detalle en la cotidianidad y el vacío de la memoria sobre el acontecimiento preciso»)⁵⁵ para entrar en competencia con las propuestas más profesionales y situarse en el centro del uso político de la historia. Y esto porque, como escribe Giovanni Levi, «por uso político de la historia entendemos el uso de los hechos realmente acontecidos mediante una manipulación arbitraria pero, a pesar de ello, persuasiva para un público más sensible a los eslóganes que a la reflexión sobre la complejidad del pasado. Los instrumentos más usados son los que podemos definir como falsa analogía y el que exagera una tesis para hacer aceptable una tesis impropia pero menos extrema»⁵⁶. De esta manera, al transformar los parámetros del discurso histórico y legitimar una determinada imagen del pasado alumbrada a la luz de términos políticos del presente, el problema se acentúa cuando los «juicios de valor» revisionistas traspasan los confines académicos y adquieren resonancia en amplios sectores del público, determinando

⁵³ Para la crítica militante del revisionismo citaré, entre otros muchos, los clásicos trabajos de VIDAL-NAQUET, P.: *Les Assassins de la mémoire. «Un Eichmann de papier» et autres essais sur le révisionisme*, París, La Découverte, 1991, y LIPSTADT, D.: *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory*, Nueva York, The Free Press, 1993, en los que denuncian los delirios ideológicos «negacionistas», su lectura perversa de los textos y cómo, desde los setenta, se han introducido en departamentos de historia de Gran Bretaña y, sobre todo, de Estados Unidos. R. Robin define el fenómeno y presenta una amplia panorámica de ejemplos nacionales (ROBIN, R.: *op. cit.*, pp. 169-215 y 219-270).

⁵⁴ LEVI, D.: *op. cit.*, p. 33.

⁵⁵ ROBIN, R.: «Literatura y biografía», *Historia y Fuente Oral*, 1 (1989), pp. 69-85 (los entrecomillados en p. 71).

⁵⁶ LEVI, G.: «Los historiadores, el psicoanálisis y la verdad», en CARRERAS, J. J., y FORCADELL, C. (eds.): *op. cit.*, p. 103.

su comprensión de los fenómenos históricos y confundiendo su opinión sobre los mismos.

En último término, una de las consecuencias más evidentes de este cambio de coyuntura intelectual, donde según la lógica de la confusión aplicada las interferencias entre la historia y la memoria son continuas, ha sido la consagración universal de la memoria, su globalización ideológica y circulación en el espacio público a través de la prensa, la literatura, las imágenes y las representaciones artísticas y cinematográficas. Y como un eco revelador de los equilibrios contemporáneos entre la mundialización de la cultura historiográfica y el particularismo en el modo de elaborar la historia de cada nación, se han multiplicado las «querellas de los historiadores» y sus polémicas sobre «el deber y el cómo transmitir la historia».

Mantener el pasado en el pasado: la memoria y la práctica historiográfica

De todas maneras, la afirmación del conocimiento histórico en la esfera pública durante las últimas décadas del siglo xx había traído consigo el aprendizaje de la «propia experiencia de los tiempos que corren» de unos historiadores profesionales cuyas miradas interiores comenzaron a aproximarse mediante la incorporación de temáticas y conceptos de paradigmas concurrentes. En el tema que nos ocupa, una rápida visión panorámica del desarrollo de la historiografía durante este periodo permite apreciar tres grandes espacios/momentos de convergencia y enfrentamiento de la memoria con la práctica historiográfica. Por supuesto, esto deberemos entenderlo en su sentido descriptivo, pues, del mismo modo que en la historia y las demás ciencias sociales los giros paradigmáticos, además de continuos y constantes, no son irreversibles; nunca hay que creer que sus diferentes fases están separadas unas de otras, sino que se interpolan mediante un proceso permanente de interrelación, subordinación y dominio conceptual. A partir de aquí podemos hablar de un primer momento desarrollado desde principios de los años setenta en la medida en que la cuestión de la memoria, unida hasta entonces a los nombres de afamados psiquiatras, escritores, filósofos, historiadores del arte o sociólogos comenzó a atraer la atención de los historiadores preocupados por promover la «historia desde abajo».

En este sentido, muchos de los nuevos campos de investigación surgidos de la historia social (fecundados también con conceptos procedentes de la antropología, la etnografía o la teoría literaria), se involucraron con el tema de la «memoria individual y colectiva» desde el horizonte de la historia oral y la consideración de la memoria como fuente de la historia.

En el marco de esta nueva correspondencia entre la «memoria social» (generacional y comunicativa) y la historia, se publicaron libros innovadores sobre las historias de vida y las autobiografías de quienes nunca tuvieron voz en el pasado, acerca de las memorias étnicas como instrumento para la construcción de identidades o dedicados al estudio de la cultura de las clases populares y su vida cotidiana. Pronto, sobre el cimientó del valor otorgado a los testimonios orales y/o testigos oculares de los acontecimientos y la reivindicación en el análisis histórico de un nuevo concepto de subjetividad⁵⁷, las posibilidades de este gran espacio se vieron ampliadas por la emergencia de una corriente caracterizada, primero, por elevar la memoria a objeto de la investigación histórica, y, en segundo lugar, por el desafío que suponía para el presente de las sociedades la recuperación de la memoria más dramática y el conocimiento de las experiencias de los vencidos por la historia más reciente.

En efecto, con el trasfondo de los agitados climas de opinión creados por la tardía celebración de procesos judiciales por crímenes contra la humanidad en Francia, Alemania, Israel o Italia, y la consolidación institucional de la «historia del tiempo presente» como disciplina⁵⁸, se han precipitado sobre el mercado un alud de publicaciones dedicadas a historiar la memoria de la «era de las catástrofes». Se trata de un número cada vez mayor de obras escritas con el objetivo público de remover la conciencia de los ciudadanos ante la concepción de la historia cerrada, sin utopías, anclada en

⁵⁷ Sobre la reivindicación de la «subjetividad», véase SIMPSON, D.: «La crítica literaria y el retorno a la "historia"», en PENEDO, A., y PONTÓN, G. (comps.): *Nuevo Historicismo*, Madrid, Arco-Libros, 1998, pp. 299-300; también en el artículo de FRANK, R.: «La mémoire et l'histoire», en VOLDMAN, D. (dir.): *La bouche de la Vérité? La recherche historique et les sources orales*, de *Cahiers de l'IHTP*, 21 (noviembre de 1992), pp. 65-72, y el ensayo de PASSERINI, L.: *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria*, Florencia, La Nuova Italia, 1988.

⁵⁸ Véase ROUSSO, H.: *La Hantise...*, op. cit., pp. 49-84. Un apunte sobre la revisión acerca de la relación entre la historia y la memoria introducida por la historia del tiempo presente en DOSSE, F.: *L'histoire*, París, Armand Colin, 2000, pp. 113-114.

el orden que supone la relación con un pasado controlado y saturado de memoria. Una historia pensada desde la libertad y la crítica que pretende restituir la complejidad del pasado y defenderlo como un valor en sí mismo. Y un horizonte emancipador, en suma, hacia el que irremediamente se ve empujado el Ángel de la Historia⁵⁹, mientras su mirada sigue capturada por los horrores del siglo xx (representados por los iconos de Auschwitz y el gulag)⁶⁰, los montones de ruinas sobre los que se reconstruye la memoria judía del Holocausto (por lo demás, una de las empresas de investigación historiográfica sobre la memoria más tradicional, próspera e influyente)⁶¹, las obsesiones francesas por los pasados que no pasan⁶², los debates italianos sobre el fascismo y el antifascismo⁶³ o las culpabilidades colectivas y amnesias alemanas⁶⁴.

⁵⁹ La imagen del *Angelus Novus* de Benjamin en su IX tesis (BENJAMIN, W.: *op. cit.*, p. 183). La noción de rememoración y la alegoría de este ángel marxista-judío en MOSÉS, S.: *op. cit.*, pp. 125-132 y 145-147, y LÖWY, M.: *op. cit.*, pp. 71-79.

⁶⁰ Una muy personal reflexión sobre el atroz siglo xx, no inclinada «precisamente al optimismo», la realiza J. J. Carreras en la lección sexta (CARRERAS, J. J.: «El ángel de la historia», en *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 85-97).

⁶¹ El extraordinario desarrollo de los estudios sobre la memoria del holocausto en SPIEGEL, G. M.: «Memoria e historia...», *op. cit.* El debate sobre su singularidad lo sintetiza MATE, R.: *Por los campos...*, *op. cit.*, pp. 51-75. Norman G. Finkelstein denunció sus aspectos comerciales en *La industria del Holocausto* (Madrid, Siglo XXI, 2002), libro que despertó grandes críticas por sus conexiones con los «negacionistas». Mucho más compleja es la revisión histórica de las actitudes americanas hacia el holocausto, desde la Segunda Guerra Mundial hasta el presente, de NOVICK, P.: *L'Holocauste...*, *op. cit.*

⁶² Con trabajos pioneros como el del director del IHTP, ROUSSO, H.: *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1987, que marca una etapa decisiva en la consolidación de la «historia de la memoria» francesa, podemos resumir estas obsesiones en: Vichy, el olvido de la guerra de Argelia, las grandes figuras de la Resistencia, el tema de la memoria comunista y, más recientemente, la cuestión de la integración de las otras memorias en el multiculturalismo francés.

⁶³ El debate de los historiadores italianos sobre la Resistencia —desde la aparición del libro de PAVONE, C.: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991— ha hecho que la historiografía de izquierdas integre su interpretación bajo el concepto de «guerra civil», abandonando la visión tradicional como movimiento nacional contra el «nazifascismo» (TRAVERSO, E.: «Nazisme et mémoire», entrevista con Olivier Morel, p. 5, en web: www.republique-des-lettres.com/t1/traverso.shtml).

⁶⁴ El alcance de los diversos acontecimientos nacionales (desde los Estados

Hay además otra cuestión que no se puede dejar de lado. Y es que estos historiadores han adoptado una actitud precisa al justificar la utilidad colectiva de la historia profesional desde la voluntad de enjuiciar el pasado del nazismo, la Segunda Guerra Mundial y, después de la caída del Muro de Berlín, del comunismo. Desde una perspectiva militante (bien diferente a la historiografía de partido y al revisionismo partisano), intentan presentar la imagen ética del historiador en su doble condición de protagonista social cargado de memoria y responsabilidad profesional, más allá de sus posiciones ideológicas⁶⁵. Ideas que, además de remitirnos a la mejor tradición de las ciencias sociales representada, por ejemplo, por el sociólogo Norbert Elias, cuando vinculaba las variaciones individuales de los intelectuales con los patrones sociales de compromiso y distanciamiento⁶⁶, permiten poner sobre la mesa las diversas tomas de posición de los historiadores ante los acontecimientos límite que les ha tocado vivir en el siglo de la guerra total y la negación del Estado de derecho⁶⁷.

En todo caso, si observamos el curso de la historiografía en el último tercio del siglo pasado, encontramos otros territorios en los

Unidos y Alemania hasta el Japón) y los intentos por reconstruir la historia desde «el olvido» en ROBIN, R.: *op. cit.*, pp. 169-195.

⁶⁵ El aspecto militante con que el historiador debe ponerse al servicio de la «verdad» lo recuerda Pauline Schmitt al trazar el itinerario intelectual de un autor que reconoce la tensión existente entre «*la vérité et mémoire; que la recherche de la vérité n'est pas la même chose que la transmission de la mémoire*» [SCHMITT, P.: «Pierre Vidal-Naquet», en SALES, V. (coord.): *op. cit.*, p. 331]. E. Kattan considera la noción de «integridad» y el principio de la «responsabilidad» como fundamentales en el trabajo de los historiadores sobre la memoria (KATTAN, E.: *Penser le devoir...*, *op. cit.*, pp. 128-129 y 134-136).

⁶⁶ Tradición vinculada a Weber, Simmel y Mannheim, Gramsci o Lukács, y que el autor de *El proceso de la civilización* (1939) explicaría en *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento* (Barcelona, Península, 2002, pp. 38-47), y *Mi trayectoria intelectual* (Barcelona, Península, 1995, pp. 165-183). Su influencia en los historiadores en SALVADORI, P.: «Norbert Elias», en SALES, V. (coord.): *op. cit.*, pp. 119-136, y NOIRIEL, G.: *Penser avec, penser contre. Itinéraire d'un historien*, París, Belin, 2003, pp. 171-188.

⁶⁷ Para el tema del genocidio, véase la tipología de TRAVERSO, E.: *La Historia desgarrada*, *op. cit.* Por otra parte, mientras Phillippe Burrin no ha dudado en dedicar un capítulo a la «acomodación oportunista» de los intelectuales franceses, incluido un historiador tan intocable como L. Febvre (BURRIN, P.: *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, París, Seuil, 1995, pp. 322-328), tampoco lo ha hecho H.-U. Wehler al denunciar la abstinencia política de la «nueva historia cultural» alemana (WEHLER, H.-U.: *op. cit.*, pp. 81-84).

que la unión entre la memoria y la historia se articuló alrededor de los numerosos comentarios suscitados por el libro inacabado de Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, y la noción de «historia de la memoria», entendida como «una historia de los usos del pasado en los sucesivos presentes»⁶⁸. No podemos detenernos aquí en el análisis de las numerosas corrientes de la «memoria normal» (no traumática) surgidas en el periodo⁶⁹, tampoco en desvelar sus conexiones con la multiplicidad de propuestas vinculadas al retorno de «la identidad» y «lo nacional», ni adentrarnos en el resurgir de ese fenómeno intermedio y no siempre claro que son las narraciones autobiográficas⁷⁰. Sin embargo, sí quiero recordar cómo, siguiendo también la estela trazada por el sociólogo francés desaparecido en Buchenwald, y retomando algunos planteamientos historiográficos que se remontaban a los años veinte, un segundo gran espacio/momento empezó a cristalizar mediante la agrupación de diferentes líneas de investigación. Y lo hizo cuando una serie de autores de procedencia y recorridos tan dispares como Agulhon, Hobsbawm o Nora, plantearon los primeros esbozos de lo que más tarde sería conocido como «política de la memoria».

Al hacer hincapié en la invención del «imaginario oficial» o las «invenciones del recuerdo» utilizadas por determinados grupos para su propia memoria colectiva, estos historiadores y los epígonos que les han seguido hasta la actualidad han tratado de profundizar en el problema de la transmisión y la reinterpretación de los recuerdos históricos como construcciones culturales, estudiando las metáforas, los lugares y las representaciones simbólicas utilizadas en la socialización del pasado rememorado⁷¹. En síntesis, se trata de trabajos

⁶⁸ DELACROIX, Ch.; DOSSE, F., y GARCIA, P.: *op. cit.*, p. 263. Y la panorámica que sobre la historia social de la memoria en Francia presenta DOSSE, F.: *op. cit.*, pp. 170-193.

⁶⁹ Por su intento de precisar las relaciones entre historia y memoria mencionaré tres obras que, junto a alguna de las señaladas en el texto, considero importantes: el pionero libro de YATES, F. A.: *The Art of Memory*, Chicago, University of Chicago Press, 2001 (1.^a ed., 1966); las reflexiones historiográficas de LE GOFF, J.: *Histoire et mémoire*, París, Galimard, 1977, y el estudio de HUTTON, P. H.: *History as an Art of Memory*, Hanover, University Press of New England, 1993, en el que intenta construir una historia intelectual del concepto de memoria en Europa.

⁷⁰ La experiencia autobiográfica como historiador del holocausto de HILBERG, R.: *La politique de la mémoire*, París, Gallimard, 1996 (1.^a ed. en inglés en 1994).

⁷¹ Por la vigorosa progenitura generada, en este espacio englobamos, junto a

historiográficos (sin duda, uno de los más poderosos y criticados ha sido el dirigido por Nora) dedicados a subrayar el hecho de que, frente a las intenciones de enlazar tradición con continuidad explícitas en los programas de pedagogía política, son los sentimientos de ruptura del presente, «*devenu la catégorie de notre compréhension de nous-mêmes*», los que caracterizan la idea global de la conmemoración⁷². En este sentido, podemos afirmar con Juan José Carreras en su comentario crítico al concepto de tradición en Gadamer que «tal concepto de la tradición como paradigma de la sociedad carece de realidad alguna fuera de las fantasías de los románticos alemanes, y es conveniente recordar que por los mismos años de la publicación de *Verdad y Método* un historiador marxista inglés (E. P. Thompson) desarrolló su propia hermenéutica, rompiendo con la visión holística de la tradición para poder comprender las luchas en «la palestra de las costumbres», y reconocer la existencia de tradiciones alternativas a la dominante y movidas por su propia racionalidad». Por ello, para la mirada del historiador, «el problema no es el de la persistencia de los elementos, sino el de la relevancia histórica de tales elementos»⁷³.

No debe sorprender la mención del filósofo de Marburgo, si se piensa en la calurosa acogida de la que fue objeto su obra por parte de los cultivadores de la nueva historia cultural, desde mediados de los setenta, y en cómo sus planteamientos se han fundido en el crisol teórico de la memoria. En efecto, como resultado de la convergencia de la visualización de las políticas de la memoria con la hermenéutica de Gadamer, y con los estudios sobre el lenguaje

la serie que inicia AGULHON, M.: *Marianne au Combat: l'Imagerie et la Symbolique Républicaines de 1789 à 1880*, París, Flammarion, 1979; el libro editado por HOBBS-BAWM, E., y RANGER, T.: *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002 (1.ª ed., 1983); la obra dirigida por NORA, P.: *Les Lieux de mémoire. La République, La Nation, Les France*, 3 vols., París, Gallimard, 1984-1992, o los tres volúmenes dedicados a los lugares de la memoria alemana de FRANÇOIS, E., y SCHULZE, H. (eds.): *op. cit.*

⁷² NORA, P.: «Comment écrire l'histoire de France?», en *Les France*, vol. 3, París, Gallimard, 1997 (edición en cuarto), p. 2232. Las contradicciones temporales de la obra, así como su participación en la transformación de la memoria en un instrumento del presente, en HARTOG, F.: *op. cit.*, pp. 133-162.

⁷³ CARRERAS ARES, J. J.: «Bosques llenos de intérpretes ansiosos y H. G. Gadamer», Conferencia impartida en el ciclo organizado por Elena Hernández Sandoica en el otoño de 2002 (pp. 17-18 del original consultado gracias a la amabilidad del autor).

y el análisis de las relaciones entre el tiempo, la memoria y la historia realizados por Reinhart Koselleck⁷⁴, surgieron varias líneas que se pueden recorrer en distintos sentidos pero que pueden unirse en el círculo donde la memoria se propone a la vez como modelo de análisis del pasado y objeto de reflexión historiográfica. Nuestra propuesta pasa por cerrar este espacio con una mención a la «mnemohistoria» corriente que «investiga la historia de la memoria cultural» y cuyo principal representante es el profesor de egiptología de la Universidad de Heidelberg, Jan Assman⁷⁵, y una referencia a dos obras recientes que, guiadas por la brújula metodológica del escepticismo, se muestran atentas a percibir los detalles más paradójicos del presente historiográfico de la memoria: *Régimes d' historicité* de François Hartog y *La mémoire saturée* de Régine Robin.

El «encaprichamiento» por la memoria y un corolario final

Como quiera que sea, estos dos grandes espacios/momentos estarían caracterizados por aglutinar una suma de orientaciones que comparten una actitud común de distancia ante la memoria, al defender la perspectiva histórica y mantener el pasado en el pasado. En todas ellas, el tiempo del historiador, la reconstrucción del entonces y no del ahora, se opone en el espacio público a la memoria que no tiene ningún sentido del paso del tiempo (sacralizado y litúrgico) e insiste en la metafísica de la presencia, en la continuidad de la tradición en el presente a través de los ritos ideológicos y las mitologías políticas que la encierran. Por añadidura, su propia práctica implica enfrentarse, en el espacio interior de la academia, al «encapricha-

⁷⁴ KOSSELLECK, R.: «Espacio de experiencia» y «horizonte de expectativa». Dos categorías históricas», en *Futuro pasado*, op. cit., pp. 333-357. La «experiencia», como pasado presente, supondría la elaboración racional de la memoria, mientras que la «expectativa», como futuro presente, representaría la proyección de las esperanzas y temores, aspiraciones y voluntades, pero también el análisis racional de la experiencia y la realidad en la que se desenvuelve. Una breve panorámica de los presupuestos metodológicos de la historia conceptual alemana, la historia de los discursos dominante en el mundo anglófono, además de la hermenéutica gadameriana y de la lexicografía francesa, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., y FUENTES, J. F.: «Introducción» al *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, pp. 24-30.

⁷⁵ ASSMANN, J.: *Moisés el Egipto*, op. cit., p. 28. La definición del concepto, sus propósitos y sistema de referencias en pp. 21-31.

miento» por la memoria en el que se han precipitado los autores que, al concebir la historia como un género lingüístico/literario, no han dudado en «valorizar la memoria como discurso historiográfico alternativo»⁷⁶.

Actualmente esto ha dado lugar a un intenso debate, entroncado con las corrientes surgidas del pensamiento postmoderno, la teoría literaria y los estudios culturales, en el que la oralidad de la memoria se concibe en consonancia con la narrativa como criterios principales de representación de la realidad. Dejando al margen los retos que, en el orden teórico y práctico, supone la crítica postmoderna, me limitaré a señalar la aparición de un tercer espacio-momento inmerso en el «carnaval de las culturas» y la cultura postfilosófica, la fragmentación de las imágenes y la disparidad del «inconsciente colectivo». Cancelada la distinción entre ficción y realidad, negados por opresivos los valores de la razón y considerados agotados los grandes relatos históricos —incluidos los emancipatorios—, las nuevas puertas de la historia se han abierto a la creatividad de la memoria que opera de «un modo similar a como antes lo hacía su despliegue de deconstrucción y teoría»⁷⁷. Desde esta evanescencia de lo real, estos autores han replanteado la imposibilidad de la historicidad de los acontecimientos y convertido el pasado en algo que no acaba, reencarnado en el presente absoluto mediante la profunda identificación entre testimonio e historia.

Esta referencia final (mucho más compleja de lo que aquí se ha podido mostrar) me sirve para concluir recordando cómo el campo de la historiografía es un cruce de caminos con tantas interrogaciones problemáticas, tipos de recorridos intelectuales e implicaciones sociales que, algunas veces, podríamos adoptar el célebre eslogan, «*che la storia è cosa troppo importante per lasciarla agli storici*»⁷⁸. Pero esta misma frase demuestra la propia responsabilidad de la historiografía ante una realidad que podía terminar devorada por el exceso de memoria y su representación espectacular en el presente simultáneo

⁷⁶ El fenómeno de la «infatuation» lo recuerdan NOVICK, P.: *L'Holocauste...*, op. cit., y KLEIN, K.: «On the emergence of *memory* in historical discourse», *Representations*, 69 (2000), pp. 127-150 (citado por SPIEGEL, G. M.: «Memoria e historia...», op. cit., pp. 55-56).

⁷⁷ SPIEGEL, G. M.: «Memoria e historia...», op. cit., pp. 55 y 65-67.

⁷⁸ GALLERANO, N.: «Storia e uso...», op. cit., p. 23.

de la esfera pública⁷⁹. De este modo, puede que la originalidad de la profesión histórica sólo resida en el esfuerzo personal de los historiadores por «tratar de liberar la tradición del conformismo que amenaza con destruirla»⁸⁰. Al fin y al cabo, al pensar con la historia no hacemos otra cosa que explicar el pasado que pasó y por eso lo expresamos desde la distancia que proporciona la adhesión a la conceptualización teórica, la complejidad de la interpretación y el sentido crítico de nuestra función social. Una tarea siempre delicada y siempre arriesgada por la propia condición histórica de los historiadores y por sus implicaciones con el mundo vertiginoso del presente, donde al margen de la retórica del lenguaje, de las palabras que sirven para todo uso, la memoria y el olvido aparecen como dos puntos de referencia irrenunciables para el conocimiento de la historia contemporánea.

⁷⁹ La suplantación de la dimensión crítica por la manipulación que convierte la cultura en mero producto de consumo la denunció HABERMAS, J.: *Historia y crítica de la opinión pública*, *op. cit.*, p. 213. Un peligro del que no se salvan ni los restos arqueológicos, ni los lugares de la destrucción y el horror, convertidos en espacios de alienación turística [véanse SPIEGEL, G. M.: «Memoria e historia...», *op. cit.*, p. 69, y ASHER SILBERMAN, N.: «Structurer le passé. Les Israéliens, les Palestiniens et l'autorité symbolique des monuments archéologiques», en HARTOG, F., y REVEL, J. (dirs.): *op. cit.*, pp. 99-115].

⁸⁰ La cita de Walter Benjamin la reproduce TRAVERSO, E.: «La memoria de Auschwitz...», *op. cit.*, p. 4. La idea del historiador como actor de la historia, preocupado por su responsabilidad respecto al pasado y al futuro que están a su cargo, en MOSÉS, S.: *op. cit.*, p. 147.

